

TIARA

“PAPÁ BORGIA”, amable transgresión

Volvió a la cartelera madrileña (Teatro Príncipe) Manuel Martínez Mediero con un nuevo viaje a la historia, semejante al presentado hace dos años. Si entonces el autor no se sintió satisfecho con el montaje de “Juana del amor hermoso”, ahora, en cambio, le parece que Luis Iturri acertó en la exposición escénica del perfil humano y progresista que Mediero pretende dar a la figura del papa Alejandro VI. Visto en su contexto histórico y en familia, Rodrigo Borja no fue ni más nepotista ni más perverso que sus colegas de época.

F. P.

Quienes leyeron muy en sus primeros años *Lucrecia Borgia*, de Víctor Hugo, en contra del índice de prohibiciones textuales impuesto por la época, es muy posible que guarden durante años permanente memoria de aquellas páginas. El escritor francés puso en el empeño toda la fantasía romántica que cabía esperar de una oscura historia de perversiones míticas. Manuel Martínez Mediero (Badajoz, 1939) también tuvo entre sus manos juveniles aquel libro que los mayores alejaban de nuestro alcance. De entonces, años bachilleriles, arranca la inquietud del autor extremeño por la saga de los Borja. Una inquietud que no halló cura clarificadora en las explicaciones didácticas de quienes ostentaban la rígida observancia de los principios fundamentales, vía Ripalda y formación del espíritu nacional. Luego, con la madurez y las tentaciones escénicas, Martínez Mediero dispuso de tiempo y ganas suficientes para acometer las deudas y las dudas impuestas por aquella primera lectura: “La versión de Víctor Hugo carecía de realismo, como tantas otras aportaciones literarias utilizadas por el melodrama. Con los Borgia se conformaron demasiadas historias fantásticas, siempre amparadas en supuestos hechos reales. Para escribir *Aria por un papa español* me documenté durante años, utilizando incluso importantes traducciones hechas ex-profeso. También investigué la historia de los pontífices que media entre 1492 y finales del siglo XVI. Personalmente pienso que Alejandro VI es el más importante de los personajes que vivieron durante ese período. Hubo figuras mucho más siniestras y mucho más trágicas. Y quizá ninguna tan progresista, si observamos a Alejandro VI desde una óptica distante de la habitual, la judeo-cristiana y la nacionalcatólica. Al acercarme a este papa español he querido hacerlo desde un punto de vista estricta-



Alejandro VI es, en la obra de Mediero, un Rodrigo Borja en familia. (Fotos: Fernando Suárez).

mente humano y no como un mito utilizable por los grandes seriales de televisión”.

En el barrio chino de la historia

Nos encontramos a finales del siglo XV, en los fulgores del Renacimiento. La Santa Sede no es ajena a la ambiciosa aventura de la gloria temporal. El fervor había languidecido hasta tal punto que los historiadores no dudan en calificar ese tiempo como una etapa en la que el nepotismo “empezoña la atmósfera de Roma”. El absolutismo papal llega a su extremo con la promulgación de bulas tan explícitas como la “*Maellus maleficarum*”, considerada como auténtico manual de inquisidores. Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI son considerados como los “tres genios malignos de la Iglesia”. El descubrimiento de un nuevo continente coincide con el acceso al pontificado del segundo Borgia, un hombre al que ningún tratadista niega sus grandes dotes naturales, pero sobre el que casi todos coinciden al enjuiciar su gestión histó-

rica. Martínez Mediero es consciente de llevar la contraria:

—“La historia siempre es oficial a la hora de hacer balance. Cuando Alejandro VI llega a la silla de San Pedro es un intruso, un extranjero que interfiere en la red tentacular de la sociedad romana. Eso sólo lo podía conseguir un personaje con una inteligencia por encima de lo normal. Y eso iba a ocasionarle toda la animadversión de sus competidores dentro del contexto social en que se movía la Iglesia. De ahí que todos los posibles deslices de Alejandro VI fueron aprovechados por sus adversarios para hacer correr una leyenda negra, cuando, en general, toda la sociedad romana era copartícipe de esa misma leyenda que achacaban al papa valenciano. Con todo, Rodrigo Borja acometió como papa proyectos que he considerado imprescindibles reseñar en mi obra. La reforma de las cárceles, por ejemplo, supuso el primer estatuto del preso, algo inusual en su tiempo. La promulgación de la primera Constitución de Roma con representación popular es algo que se dice muy de pasada

en las biografías. Alejandro VI también viene a ser el primer alcalde de Roma, preocupado por embellecer la ciudad. En ese sentido, y con la celebración de los primeros Congresos Eucarísticos, es un adelantado en el fomento del turismo. No olvidemos que se trata de un gran economista”.

Para el autor de *Papá Borgia*, corrección comercial para la cartelera de *Aria por un papa español*, la atención se concentra en prestar a Alejandro VI como personaje humano en el contexto de su familia; introducirse en los callejones del Renacimiento ha supuesto una iniciación en el barrio chino de la historia: “Mucho queda por saber y muchas veces nos hemos perdido a la hora de tratar de explicar las cosas sacándolas de su marco, a fin de utilizarlas casi siempre con fines inconfesables”. Dentro de ese marco, Martínez Mediero ha prescindido de una profundización radical en el desarrollo de las oscuras relaciones afectivas en que convivieron los Borgia. Todo un tapiz de transgresiones que el autor reduce a una amable insinuación, en colabo-

ración con el director escénico, Luis Iturri. "Son —como dice el propio Martínez Mediero en el texto de la obra— las grandezas y miserias de la libertad". O, si se prefiere, la evasión del escándalo a costa de un tipo de taquilla desacostumbrada a la verdad desnuda.

Lenguaje coloquial e inmediato

Luis Iturri prescindió en su concepción del espectáculo del prólogo que presenta la obra, un ensayo que la identifica con la *Lucrecia Borgia* de Donizetti. Por lo ya expuesto, el montaje pretendía distanciarse precisamente del libreto de Víctor Hugo sobre el que se basaba la ópera. Sí se mantienen los fantoches, voceadores enmascarados de la historia oficial, que introducen cada uno de los episodios escénicos. Su lenguaje es, sin embargo, el mismo del que se sirve el autor para penetrar en la vida cotidiana de los Borgia. Un lenguaje coloquial que Martínez Mediero considera imprescindible para privar a la historia de cartón-piedra. "Soy incapaz de utilizar otro tipo de lenguaje, más ostentoso. Creo que los fantoches podrían expresarse de acuerdo con esos estereotipos, pero en nuestro tiempo me parece que el teatro debe utilizar un lenguaje inmediato. En el siglo XVI casi toda la nobleza era analfabeta. Es muy lógico pensar que los Borgia, en familia, tuvieran el tipo de conversación que muestra la obra. Sobre todo si lo que se pretende es dar vida al perfil humano de Rodrigo, un hombre amante de los placeres terrenales, padre amoroso y un poco pendón, transgresor de su propia figura. Hay que tener en cuenta que se trataba de un personaje capaz de gozar la vida y acariciarla sin prejuicios, capaz —como se dice en el texto— de institucionalizar la alegría y entender que la virtud no debe nacer forzosamente de un dolor inútil".

En contraste con ese talante, y en el contexto de una época en que no se cesaba de promover la necesidad de una reforma interior de la Iglesia, Martínez Mediero ha querido situar a Girolamo Savonarola, el fraile de Ferrara que pretendió desde Florencia una radical purificación de las costumbres y terminó siendo ejecutado por sus propios seguidores: "Es, en opinión del autor, una figura histórica que hoy está en alza. Representa al Blas Piñar de la época, un nacionalista que con los ojos inyectados en sangre proclama desde los púlpitos de Florencia castigos apocalípticos frente a las liberalidades del papado". El montaje de Iturri se limita a exponer la imagen del fraile como una pincelada de oscurantismo en el plácido desarrollo de humanas tentaciones que acompaña a los Borgia. Será el inmenso poder espiritual, político y económico el que al final acabe por hacer perder los estribos a Alejandro VI, de la mano de su hijo César, sombra protectora y



El papa español, postrado ante la muerte, confiesa su dimensión humana.

al parecer aniquiladora de todos aquellos desposados que intentaran acercarse a su hermana Lucrecia. Quiso César crear una dinastía y hasta poner en curso legal lo que en el texto de Mediero viene a ser una inmobiliaria con parcelas celestes. Eso aparejaría a la postre el creciente recelo de las grandes familias romanas. Alejandro VI es eliminado por la competencia autócota. La última escena de la obra concita a los fantoches de la historia para acabar con el papa y su hijo. El veneno dejará sin aliento de vida a Rodrigo. César morirá años después en Na-

varra, víctima de una refriega con bandoleros. Cae el telón mientras Alejandro VI intenta dejar entre el respetable su último perfil humano.

Intervienen en el reparto de *Papá Borgia* Francisco Piquer (Alejandro VI), Fernando Guillén Cuervo (Juan), Alberto Magallanes (Wifredo), María Silva (Vanozza y Amparigues), Emma Suárez (Lucrecia), Antonio Cana (César), Saturnino García (Querubín y fantoche 2º.), Nacho Herrera (Sforza y fantoche 3º.), Juan Polanco (Alfonso y fantoche 1º.). La escenografía es de J. L. Arranz.



María Silva y Francisco Piquer, esposa y papa respectivamente.

VEINTE OBRAS

Desde que en 1969 Manuel Martínez Mediero consiguió el primer premio del Festival de Sitges con *"El último gallinero"*, presentada por Akelarre de Bilbao, bajo dirección de Luis Iturri, la mayor parte de sus obras, que rebasan la veintena, ha ido llegando a los escenarios, algunas de ellas con verdadero éxito, como *Las hermanas de Buffalo Bill* (1975) que obtuvo el premio del Espectador y la Crítica. Ahora, siempre desde su Badajoz natal, Martínez Mediero prepara una segunda parte de la que posiblemente sea su mejor y más conocido texto teatral. No parece que su residencia en la periferia le afecte en exceso a la hora de encontrar mayor proximidad con los centros de poder. Incluso considera que ello le beneficia a la hora de plantearse su trabajo como autor. Desde el estreno de *Juana del amor hermoso* hace dos años, no estrenaba en Madrid. Hubo un intento el año pasado de poner en cartel *Aria por un papa español*. Cuando Martínez Mediero comenta su ausencia de las producciones de los teatros públicos dice no entender muy bien lo que ocurre con su teatro. "Yo pienso que ya me he merecido que me programen, después de ver a otros muchos autores. Me gustaría que me lo explicaran. La única justificación que he recibido, hace ya algunos años, es que si no estrenaba era porque yo era "un autor de éxito..."